

# **EFFECTOS IMPERIALES**

**JOAN OLEZA**

**Levante. El mercantil valenciano.**

**Miércoles, 30 de octubre de 2002**

Piensen los poderosos al comenzar una guerra que resolverán a su favor los litigios que la paz no les permite resolver, pero al declararla no consiguen otra cosa que encender el fuego de nuevas guerras que tratarán de resolver los problemas que ésta deje irresueltos. Así escribía Maquiavelo aproximadamente quinientos años antes de estas líneas, firmadas poco antes de que George Bush se dirija a las Naciones Unidas y no se sabe cuánto antes de que desencadene su anunciado ataque contra Iraq, unas líneas que han sido escritas en un clima de inminencias, donde por todas partes se escuchan los tambores de la guerra.

Las largas 24 horas del 11 de septiembre de 2002 han sido convertidas por todas las cadenas de televisión en una ceremonia de semana santa cristiana, por la cual el mundo ha acudido a inclinarse ante el dolor del imperio, a alinearse con su agravio, y a aceptar disciplinadamente las razones de su cólera. El siniestro cráter de la zona cero se ha abierto en el corazón mismo de las multitudes occidentales. El poder de la nueva tecnología ha globalizado el luto. Es el momento que Aznar ha elegido para proclamar de una vez lo que se esperaba de él: que está a las órdenes del imperio, incluso si no cuenta con la legitimidad otorgada por las Naciones Unidas. Puede que Aznar esté pagando un precio por el sosiego en Ceuta y Melilla, o por el apoyo USA en el conflicto vasco, o por cualquiera de las muchas deudas que los vasallos adquieren siempre con sus señores, puede que sea así, pero lo que importa no es por qué lo ha hecho sino que, puesto en la disyuntiva, ha preferido romper la obediencia europea antes que la obediencia americana. Bueno es saber, a partir de ahora, cual es el orden de sus lealtades. Por una vez uno ha tenido motivos para admirar a un político europeo, y no ha sido a Aznar, ni a ninguno de sus congéneres invitados a la patriarcal boda de su hija, Blair y Berlusconi (¿quién podría distinguir entre ese azul y ese rojo?), hablo del caciller alemán, de Schröder, la única voz que se ha levantado con toda claridad para proclamar la primacía de la ONU y para anunciar que no participará de los designios de guerra del emperador Bush.

Hubo un momento, en los últimos tiempos de la presidencia de Clinton, en que pareció abrirse el horizonte de un nuevo orden internacional, con una nueva legalidad consensuada, con nuevas instituciones internacionales e incluso con el derecho a la intervención militar justificada por razones humanitarias, negociada multilateralmente y acordada en las Naciones Unidas, y dirigida desde su autoridad. Dicen que el 11 de septiembre acabó con todo ello. Yo creo que quien acabó con ello fue el imperio, la decidida voluntad de los Estados Unidos, ya sin ninguna oposición del antiguo bloque soviético, de adoptar una política imperialista, de primacía política, militar y cultural, y de neutralizar todos los acuerdos que podían subordinar sus intereses al orden internacional: el protocolo de Kyoto fue el primero en pagarlo, pero inmediatamente vinieron la guerra de Afganistán emprendida unilateralmente, la inmunidad otorgada a la política asesina de Ariel Sharon contra Palestina, la presión para desvirtuar la Corte Penal Internacional, la mengua de la cumbre de Johannesburgo y, ahora, la guerra contra Iraq, concebida por voluntad propia, sin tener en cuenta la opinión ni la autoridad de las Naciones Unidas, amenazando tirar por la borda la alianza antiterrorista creada por el propio imperio, exigiendo la adhesión incondicional de los amigos bajo la amenaza de convertirlos en enemigos o, lo que es más sutil, de rebajarles la categoría de amigos fiables a la de amigos inseguros.

Ninguno de los argumentos de Bush - y algunos son serios - justifica las brutales consecuencias de una guerra, aún tomando en consideración la índole sanguinaria de un dictador como Sadam Hussein. Pues si por un lado todo aquello de que se culpa a Sadam Hussein podría ser dicho de muchos déspotas que contaron con el aval de Washington (desde el Chile de Pinochet o la Argentina de Videla hasta el Israel de Sharon), e incluso de Washington mismo, por el otro, y para la población civil iraquí, son mucho más devastadores los bombardeos norteamericanos que la opresión de su propio déspota. A su vez, para la población mundial, el peligro que representa Sadam Hussein es menor que este acto irresponsable que puede potenciar todavía mucho más lo que amenaza con ser el gran conflicto del siglo XXI, lo que separa inevitablemente al mundo en dos bloques, el de los ricos y el de los pobres, el del primer y el tercer mundo, regalándole unos fundamentos religiosos e ideológicos: el Islam contra la Cristiandad, el eje del bien contra el eje del mal, los miserables de la tierra contra los opulentos, los países re-colonizados contra el imperialismo. Si las exigencias del Fondo Internacional, del Banco Mundial o de los G7 tienen ya la respuesta de los espaldas mojadas o de las pateras; si países enteros - como Argentina - se debaten al borde de la bancarrota,

incapaces de responsabilizarse de su deuda externa; si la destrucción de las miserables ciudades y aldeas palestinas levanta oleadas de suicidas que aspiran al martirio; si Africa se desangra víctima del sida, de las luchas tribales, del saqueo de sus materias primas (el petróleo, los diamantes...), de la imposible competitividad de sus productos en los propios mercados interiores... entonces la guerra imperialista no puede engendrar más que nuevas guerras bajo nuevas formas, generadas por la desigualdad militar; entonces el antiterrorismo no es más que la máscara descarada del más prepotente imperialismo; entonces el terrorismo puede llegar a justificar su propia barbarie como antiimperialismo.

A pocos días de lo que parece inevitable, si las presiones de las Naciones Unidas no llegan a impedirlo, y desde este rincón de una disminuída Europa, sólo un deseo me parece escapar a la impotencia o al ridículo: que quienes conduzcan o aplaudan esta guerra lo paguen en las urnas.